

NOSTALGIA DE LA TIERRA

¡Nostalgia de la más presente, de la que nunca nos falta! La Tierra está ahí, presente en su permanente cita. Pero la habíamos perdido. Camino adentro de la conciencia—terrible devoradora de realidades—, se había, también, disuelto.

Mas ella, fiel a su destino de firmeza, no podía, como la idea de Dios, como la del Mundo, como otras que se escriben con mayúscula, disolverse. Su desaparición llevaba un signo contrario; era petrificación. Y es que, de pronto, se nos había hecho cosa, cosa sustentadora de todas las cosas. No quedaba otro remedio dentro de un mundo compuesto de «estados de conciencia», dentro de un mundo desrealizado, convertido en sensación, representación o imagen, dentro de un mundo que era trozo de mi conciencia.

Y así el ser que la Tierra era se había quedado simplemente en materia. Ser cosa es todavía conservar un grado del ser, es ser algo concreto, limitado y permanente, ya que no personal. La Tierra dejó tam-

bién de ser cosa sustentadora de todas las cosas, para ser algo abstracto, lejano; para ser una gran desilusión: algo material.

La materia ha sido paradójicamente el nombre de la desilusión. Paradójicamente, porque sólo pretendía dar el nombre de una realidad, de un modo del ser; más tarde del único modo del ser. Pero en realidad, la materia era el nombre de la desilusión, era el residuo real, el precipitado que dejaba el mundo al ser disuelto por la conciencia. Dioses, mitos, almas y cuerpos, montañas y ríos, todo, todo se había convertido en contenido de conciencia. Mas la conciencia necesitaba del otro polo, de algo extraño y ajeno a ella, de algo incongruente con ella, para poder sostenerse, para poder seguir en pie devorando el universo; y esto era la materia: nombre de la desilusión producida por encontrar un límite, un tope, al disolvente de la conciencia.

El mundo sensible, el glorioso mundo sensible, ya no existía para nosotros. El grito de Gautier fué, como todos los gritos a la desesperada, una profesión, más que de fe, de última exasperación.

No, el mundo sensible ya no iba a existir ni siquiera para nosotros, mediterráneos. Se había disgregado en fantasma de una parte, y materia por otra. Espectro de sí mismo, vagaba extraño por el mundo interior, por el angustioso mundo interior adonde había ido a parar, prófugo, ajeno, enajenado.

Interiorizado el mundo sensible, hecho espectro, tenía que polarizarse en sensación, es decir: tortura de la inestabilidad, impureza de lo alusivo, peligro del equilibrio, o en razón: quieta, recta y fría razón.

Y esta fué la encrucijada del arte llamado moderno. Del arte, sí, pero más completamente del arte plástico.

¡Ah!, ¿pero es que existía aún el arte plástico? Quizá se trataba nada menos que del comienzo del fin de la pintura. Lo cierto es que, destruidos los mitos, se había quedado sin posibilidades. Y parecía a los ingenuos prisioneros del instante que una perspectiva ilimitada se ofrecía, al vislumbrar estas dos pendientes de disgregación, estas dos consecuencias de la interiorización del mundo sensible: la pintura de fantasmas, la pintura de espectros, que fué el impresionismo; y la pintura de razón, que fué el cubismo. Polarmente opuestos, partían del mismo desventurado origen; nacieron de la desilusión en que los ojos quedaron cuando se les arrebató el mundo de lo sensible.

Al llegar a este punto había que buscar otra vez las cosas, había que echarse al mundo de nuevo, a ver si se encontraban. «Yo no busco, encuentro», ha dicho Picasso, con la aguda conciencia de que el arte venía siendo angustiosa búsqueda. Había que buscar afanosamente entre las ruinas del mundo muerto, de los mitos perdidos para siempre, había que salir de la cárcel de la conciencia, de la oscura trampa donde el pobre mundo se había dejado coger.

El arte se puso en camino. Había que conquistar de nuevo la cosa del mundo, la gravedad de las cosas, que no sólo son espectros coloreados, que no sólo son número y medida, sino también peso, corporeidad, masa que gravita, cuerpo que dice, llora o canta su misterio. *Gravedad y expresión*, dos caracteres pro-

pios del mundo sensible y que juntos vuelven a recomponer la perdida unidad. No más espectros, pero tampoco no más números puestos en pie.

Si la quiebra del impresionismo es la espectralidad, la fantasmagoría—demasiada luz llega a confundir y borrar casi tanto como ninguna—, la quiebra del arte abstracto, cuya técnica todo buen pintor está obligado a saber de memoria, puede ser un formulismo abusivo, la total despersonalización. Un pintor que de modo eficiente fuese total y absolutamente fiel a la cartilla aprendida, llegaría a crear por puro cálculo, a usar de los grotescos recursos creados por una Estética experimental, de una aritmética elemental de la construcción.

Y ya a la conquista del mundo perdido—gravedad, expresión—, surge el expresionismo.

Pero el corte había sido demasiado profundo, demasiado decisivo para de un brinco, asistido de gracia, salvarlo. No, este salto sobre el abismo no era ya posible, tanto más, cuando del otro lado sólo sospechas esperaban, sólo rostros enigmáticos se dejaban entrever.

No era posible aventurarse afuera, pues el afuera, o sea el espacio, se había quedado despoblado, vacío. Espacio geométrico sin misterios, sin secretos donde penetrar, sin sorpresas que esperar y temer. Espacio geométrico, infinito, vacío, *desterrado*.

Se habían perdido las categorías del espacio; grande y pequeño, cerca o lejos, alto, aquí y allá. El espacio no era ningún espacio concreto; por el contrario, huía de toda concreción, de toda sujeción, pre-

tendía ser espacio infinito. Pero el infinito suele ser el nombre de lo que no está ni aquí ni allá, de lo que no está en ninguna parte. Estar en el infinito es estar desterrado.

Nostalgia de la gravedad, de los cuerpos que pesan, nostalgia de la tierra. La gravedad es la raíz de lo que no la tiene y tampoco está hecho para volar, es la fuerza que nos mantiene en contacto con la tierra, pegados a ella, criaturas de su suelo. Es la raíz que, uniéndonos a la tierra, nos permite, elástica y flexible, hasta separarnos momentáneamente, sin sufrir la angustia del destierro.

Un cuerpo que no pesa puede ser un cuerpo glorioso, pero es por contraste, por excepción, junto a los cuerpos que pesan. Así en la *Ascensión*, del Greco.

Mas un recinto, un espacio, dentro del cual los cuerpos han perdido peso, es un mundo diabólico de cuerpos sin raíces, de hombres sin tierra. Espacio inhóspito, inhabitado, deshumanizado.

El arte deshumanizado no es sino el arte desterrado.

Hombre, humano, hace alusión a tierra. El hombre sobre la tierra; fuera de ella deja de serlo para convertirse en ángel o en fantasma.

Angeles y fantasmas, saltimbanquis que juegan a serlo, acróbatas, arlequines; saltos ilusorios sobre la tierra para volver a caer sobre ella pesadamente, sombríamente—los ángeles caídos sufren el castigo de la elefantiasis.

Pero el ángel caído tiene la esperanza de convertirse en hombre, la esperanza y la tortura. Y así nace

el expresionismo. Hay que arribar al mundo de los objetos, de los cuerpos que lloran o cantan su secreto; hay que sorprender de nuevo en la faz luminosa del mundo su eterno secreto.

Pero el expresionismo parte no del objeto, sino de sus raíces en mí; no se sitúa en el objeto ya hecho, terminado, sino más bien en el «fieri», en el objeto haciéndose. Su método es partir de la raíz en mí del objeto, para llegar a él. La realidad es que no llega nunca, se queda en meras relaciones inconexas, en puro grito, sin articular. Llega a disolver la singularidad por excesivo afán de captarla.

Todo lo singular, y ya acabado, está, como tal, separado de nosotros, y al situarse uno ante el objeto en «fieri» se corre el riesgo de no llegar nunca a la cosa acabada, limitada, a su cara que da al mundo.

Camino sin fin, ruta inacabable la del expresionismo. Desde el punto de partida en mí hasta la faz del mundo un proceso infinito se interpone. Último ademán desesperado de un fantasma, de un ángel caído que quiere ser hombre.

Pero el hombre está, vive sobre la tierra. En ciertas épocas se olvida de ello, quiere olvidar esta condición inexorable de su existencia; estar sobre la tierra en tratos con un mundo sensible del que no puede evadirse, tal vez por ventura. Cuando todo ha fallado, cuando todas aquellas realidades firmes que sostenían su vida, han sido disueltas en su conciencia, se han convertido en «estados de alma», la nostalgia de la tierra le avisa de que aún existe algo que no se niega a sostenerle.

MARIA ZAMBRANO

LOS CUATRO VIENTOS

MADRID

ABRIL, 1933

2

MIGUEL DE UNAMUNO - BENJAMÍN JARNÉS - MANUEL ALTO-
LAGUIRRE - MARÍA ZAMBRANO - LUIS FELIPE VIVANCO
LEOPOLDO EULOGIO VIVANCO - LUIS ROSALES - CLAUDIO
DE LA TORRE - VICENTE ALEIXANDRE - ANTONIO MARI-
CHALAR - JAIME TORRES BODET - RAINER MARÍA RILKE